



NUM. 164

BARCELONA. 28 JUNIO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid





# El RETRATO

La tienda más elegante de la ciudad se hallaba á la sazón llena de jóvenes de la aristocracia quienes convertían diariamente aquel bazar espléndido de luz y de colores, en punto de reunión desde la vuelta del paseo hasta la hora del teatro.

Aquella noche era inusitada la animación: el espacio local rebosaba gente por todas partes; las anchas

puertas se abrían y cerraban continuamente, y unos entraban y salían otros, mientras en la calle se agrupaban los transeúntes frente á uno de los escaparates, mirando embobados un lienzo hermoso sobre toda ponderación, verdadera obra de arte que acababa de ser expuesto á la admiración pública.

La opinión manifestóse unánime desde el primer momento; todos, sin excepción se deshacían en elogios y alabanzas ante aquel lienzo donde resplandecía una figura angelical y dulce, incomparablemente bella, cuyos encantos naturales había realzado la inspiración del artista, el alma del genio.

Todas las miradas se fijaban ansiosas en aquel cuerpo exuberante de vida, muellemente reclinado sobre rojo diván de terciopelo, y mal envuelto en blanca y finísima bata de batista guarnecida de encajes.

Todos los ojos posábanse extasiados en aquella cabeza negra y lustrosa como las moras, cuyos cabellos, finos y abundantes, arrollados al estilo griego, relucían con el brillo de la seda, sirviendo de marco á un rostro expresivo y candoroso, conjunto admirable de líneas suaves y dulces.

El grupo de la calle aumentaba progresivamente; los curiosos se renovaban en silencio, dejando con pena la contemplación de aquella visión celestial, cuyos ojos, negros y brillantes, parecían mirar á todos para retenerlos y encadenarlos á su voluntad, mientras sus labios frescos y rojos, se entreabrían con sonrisa adorable.

El triunfo fué completo, decisivo: el artista vió en un instante premiados sus desvelos, sus afanes, sus luchas; y un coro de alabanzas resonó en la calle y repercutió en la tienda donde la atención general estaba fija en aquella obra digna de Murillo.

En medio de tanto elogio y de tanta alabanza, sonó un nombre conocido de todos, y de boca en boca corrió por la tienda y salió á la calle y se extendió por todas partes con la velocidad del rayo.

La observación era cierta: aquella figura no era un ensueño del artista, no era una ficción de la fantasía trasladada al lienzo por la poderosa voluntad del genio; aquel conjunto de gracia y de hermosura, vivía y palpita; era la realidad, el retrato de la baronesa del Valle.

Cundió la noticia; espacióse por todos los ámbitos de la ciudad, y ante aquel cuadro desfiló la población entera.

Durante unos días este fué al tema de las conversaciones, sobre todo en la sociedad elegante, donde la baronesa reinaba por su hermosura, por su distinción y por sus virtudes.

Dos de sus admiradores más entusiastas y decididos, propusieron adquirir á toda costa aquel retrato, y uno y otro asediaban al dueño de la tienda, preguntando el nombre y señas del autor de la obra.

—No se cansen ustedes,—deciales siempre el comerciante,—ese cuadro, no se vende.

—Mucho decir es eso;—exclamó uno de los compradores.

—Pues digo más: digo, que no se venderá.

—¿Ni aun pagándolo á peso de oro?

—Ni aun así.

—Pero quien es el autor.

—Un pobre chico, un desgraciado artista, llamado Angel Cano, quien quizá en estos instantes no tenga un pedazo de pan que llevar á la boca.

—Entonces, venderá ese cuadro.



—Eso, nunca.

—¿Porqué?

Iba el comerciante á responder á esta pregunta, cuando apareció en la puerta un joven alto y delgado, pálido el rostro y encorvado el cuerpo.

—¡Angel Cano!—murmuró el comerciante dirigiéndose á sus interlocutores.

—Para servir á ustedes;—exclamó el aludido, entrando en la tienda con un cuadrito debajo del brazo.

—¿Que le trae á usted por aquí?—preguntó el comerciante, adelantándose, mientras los dos caballeros respondían con una inclinación de cabeza al cumplido del artista.

—Dejarle este cuadrito para hacer dinero.

—¿Si quisiera usted vender ese otro...?—exclamaron á una los admiradores de la baronesa.

—¡Ese otro!...—murmuró Angel volviéndose hacia sus interlocutores: y fijando en ellos su triste mirada, continuó:

—Ese no.

—Pues se pagaría bien.

—Lo sé: muchos hay, ustedes los primeros, sin duda, que me darían cuanto yo pidiera; pero no es un puñado de oro lo que yo quiero por ese retrato.

—¿Qué pide usted, pues, por él?

—Un beso del original.

Y viendo que los dos caballeros guardaban silencio, reflejando en su rostro la mayor sorpresa, añadió:

—Sí, señores: ese cuadro representa para mí lo que ustedes no comprenden ni pueden comprender: ese cuadro es mi vida, mi orgullo, mi gloria, y en él he puesto yo mi alma entera, mi sangre toda.

—Día tras día,—siguió diciendo,—he luchado con fe, con decisión, con entusiasmo, persiguiendo á esa mujer, sorprendiendo sus sonrisas, sus miradas, sus gestos más insignificantes, y he trabajado después sin tregua ni descanso trasladando á ese pedazo de lienzo burdo la imagen de esa criatura ideal á la que di expresión y vida á costa de mi existencia.

Esto parecerá á ustedes extraño: pero es así por desgracia. Mis sufrimientos, mis desvelos, mi trabajo, puede pagarse con dinero; pero lo que yo he puesto en esta obra, lo que para mí representa y significa no se paga más que con un beso, que es el precio que mi corazón y mi alma han puesto á ese retrato. Si la baronesa del Valle quiere, ella es la única que puede comprar el cuadro.

Y dejando el otro sobre el mostrador, salió de la tienda erguido el cuerpo, alta la frente, firme y seguro el paso, dejando atónitos y confusos á los admiradores de la baronesa.

—¡Está enamorado!—murmuró el dueño de la tienda, con acento compasivo.

—Está loco;—replicó uno de los caballeros.

—Loco perdido;—agregó el otro.

Y ambos salieron del establecimiento ansioso de vengarse de aquel artista soberbio, del afortunado marido de la baronesa y de esta misma, para dar alguna satisfacción á su amor propio ofendido, á su corazón despedido.

La pretensión del artista se hizo pública, y la envidia, el rencor y el odio de las rivales de la baronesa se aprovecharon de la ocasión para morder en la honra y socabar la reputación bien sentada de aquella mujer, cuya soberana hermosura las eclipsaba y la vencia donde quiera que fuese.

Los comentarios y las habladurías, llegaron á oídos de la baronesa del Valle, cuya vanidad de mujer se vio, una vez más, satisfecha, aunque su dignidad y su orgullo padecieron cruelmente al verse blanco de suposiciones calumniosas, de sátiras mordaces é infamantes.

Desde el primer momento comprendió aquella mujer que era preciso hacer desaparecer la causa que





ales efectos producía, adquiriendo aquel cuadro, sustrayéndolo á toda mirada, para que, con el tiempo, se olvidara la gente de la obra y del atrevido y audaz artista.

No había otro camino.

Pero ¡ay! para adquirir el cuadro, que tanto la evidenciaba y la comprometía, era preciso dar el precio fijado. ¡Oh, el precio!

La lucha fué larga, desesperada, terrible.

De un lado, la satisfacción de apoderarse de aquel lienzo, sublime muestra del amor que su hermosura había encendido en el alma del artista; y de otro lado la conveniencia de hacerlo desaparecer de la vista de todos, combatieron con ventaja y vencieron los escrúpulos, dominaron la vergüenza y resolvieron el ánimo de aquella mujer que corrió á casa del pintor y salió de ella sin volver atrás la vista, rojo el rostro y bajos los ojos, pero apretando contra su agitado pecho la orden de entrega del cuadro, objeto de sus ansias y término de sus afanes.

Poco después, cuando mayor era la animación, presentóse en la tienda un lacayo de la baronesa entregando la orden al comerciante.

—Aquí tiene usted el cuadro;—dijo aquel, dándosele sonriendo maliciosamente.

—Oye;—exclamó uno de los presentes.—¿Sabes tú cuanto ha costado?

—De eso,—contestó el criado,—nada ha dicho la señora.

Y guiñando el ojo, cargó con el cuadro y salió de la tienda murmurando:

—Lo que ha costado, lo sabemos todos; todos, menos el señor barón.

PEDRO BONET ALCANTARILLA

## LLEGADA DEL SR. CANALEJAS Á BARCELONA

Conforme estaba anunciado el domingo, 22, por la mañana llegó á ésta el Sr. Canalejas, acompañado de varios diputados, periodistas y amigos particulares. Acudió á la estación numeroso gentío, en el que predominaba el elemento obrero, pero por deseos que hubiese de acclamationarle y de escuchar su elocuente palabra no pudo ser. El coche, en efecto, salió disparado de la estación, precedido de municipales montados y seguido de una sección de la benemérita, á caballo, y en lugar de tomar por el Paseo de Colón y la Rambla lo hizo por el Parque y la Ronda de San Pedro.



DESPEJO FRENTE Á LA ESTACIÓN DE FRANCIA

Varios incidentes ocurridos al llegar el Sr. Canalejas á casa del Sr. Bosch y Alsina, donde se hospedaba, dieron lugar á carreras y sustos, y en vista del cariz que tomaba la cosa creyó conveniente el elocuente ex-ministro desistir de sus propósitos de celebrar un mitin y dar algunas conferencias, y en consecuencia regresó á Madrid por la tarde.

A decir verdad ya era de prever lo que iba á ocurrir, pues en Barcelona abunda en gran manera el elemento clerical, aunque no precisamente bajo este nombre, y no se le podía perdonar al Sr. Canalejas que viniese aquí á predicar en el sentido que se proponía hacer.

El clericalismo barcelonés no tiene nada que envidiar, en punto á *panteísmo* al de otras partes, y no sabe lo que son escrúpulos cuando se trata de combatir al enemigo.

Sea como fuere es probable que la viajata del Sr. Canalejas no deje huellas ni produzca resultado alguno, limitándose á una poco temible nube de verano. En nuestro país no cabe esperar nada, sino ir siguiendo hasta que Dios tenga por conveniente.

Todo lo demás son puntos suspensivos y armas al hombro. Con todo, no viene mal de vez en cuando una distracción.



## LA FLOR DEL LIRIO

Eleva su corola  
de mágico atractivo  
entre la verde yerba  
el arrogante lirio.

Su caliz perfumado  
oculta del rocío  
corona de diamantes  
de caprichoso brillo.

Y en los cristales puros  
del argentado río  
refleja sus encantos  
con íntimo cariño.

De mil galanas rosas  
de dalias y jacintos,  
las auras pasajeras  
le llevan los suspiros.

Y oculto en la enramada  
alegre jilguerillo  
del lirio la hermosura  
bendice con sus trinos.

Sus hojas son de nácar,  
y su perfume rico,  
y por lo sería y grave  
la reina Aurora dijo:

«—Sea esta flor esbelta,  
orgullo del estío,  
de majestad suprema  
el venturoso símbolo.»

Por eso entre las flores  
el perfumado lirio  
eleva su corola  
bañada de rocío.

Por eso el aura errante  
le brinda los suspiros  
de mil galanas rosas,  
de dalias y jacintos.

Como esa flor hermosa,  
orgullo del estío,  
tú tienes, alma mía,  
brillantes atractivos.

Tú tienes una frente  
y un cuello alabastrino  
que vencen la blancura  
del perfumado lirio.

Y guardas unos dientes  
que al verlos imagino  
las perlas que la aurora  
derrama entre los lirios.

Por eso te idolatro  
con íntimo cariño,  
por eso en mis cantares  
dichoso te bendigo.

ROSENDO CARRASCO JELVES





MERCADO DE ESCLAVAS, cuadro de Lezener

Ayuntamiento de Madrid



Desde su edad más temprana sintió don Esteban Urrutia y Altolaquirre invencible vocación á la *sabiduría oficial*. Así como hay jóvenes inberbes que se despepitan por ser escritores ó poetas, y andan siempre á vueltas con sus imaginaciones prosáicas ó rimadas, el joven Esteban se propuso cefir en sus sienes los laureles de Minerva y no perdía momento en desenterrar códices y revolver libros viejos.

A los veinte años ya sabía quienes eran Estrabon, Plinio, Diodoro Sicilo, Cornelio Nepote, y otros historiadores de la antigüedad.

El único defecto que tenía nuestro joven erudito, era el de ser tonto de capirote; pero ese no es in conveniente en España para adquirir fama de sabio á trueque de tener paciencia para leer y audacia par intrigar.

Sofaba nuestro sabio con ser académico de número de la Real Academia de la Historia, por que allí se da el bautismo de la *sabiduría de oficio*; y, para realizar su plan, escribió un folleto sobre la *Genealogía de los Condes de Aragón*, y al propio tiempo se dedicó á enamorar á la hija del célebre académico Don Pancracio de la Rabadilla, más fea que su padre, y destinada por lo tanto á permanecer soltera hasta la muerte.

El folleto de nuestro sabio salió de la imprenta y cayó en la Academia de la Historia como si hubiera caído en un abismo, por que no supo jamás que los señores académicos se hubieran ocupado de aquel importante trabajo; en cambio, sus pretensiones amorosas cerca de Doña Luz, que así se le llamaba la hija del académico, iban con tan tanta fortuna, que después de las persecuciones callejeras, las tercerías de la criada, las cartitas furtivas dadas, y recibidas al entrar ó salir in la Iglesia, consiguió nuestro hombre que se le abrieran las puertas de la casa y ser recibido en ella como novio oficial de la endemoniada hija del académico.

El padre de la novia, inflado sobre el pedestal de su reputación, miraba con profundo desprecio á aquel inberbe polluelo de la sabiduría, pero no desdeñaba su ofrecimiento de cargar para siempre con el descomunal engendro de su matrimonio.

Casáronse, pues, y ayudado por el suegro consiguió nuestro joven la poltrona de la Academia, por que al poder de la yernocracia no hay en España institución que se resista.

Murió al poco tiempo Don Pancracio, comentador del *Becerro Antiguo* de Simancas, y el yerno, desconsolado, publicó en los periódicos un lacrimoso panegirico, poniendo en el quinto cielo la sabiduría de su suegro; y después para recoger las migajas de aquel gran ratón de biblioteca, que sin duda falleció de puro majadero, comenzó á revolver y á examinar los papeles de su despacho, en los que había multitud de notas y gran cantidad de datos históricos.

Cual no sería el asombro y la desesperación de nuestro sabio, cuando encontró entre los documentos de su suegro el dictamen leído en la Academia sobre su folleto que trataba de la *Genealogía de los Condes de Aragón*, diciendo que eran un atajo de disparates y una urdimbre de inexactitudes, indigna de que una Corporación sería fíjase en ella su atención.

El joven sabio leía tembloroso aquellos insultos de su difunto suegro y sintió nacer en su alma el odio más implacable hacia el muerto; sin embargo, disimuló sus tristes impresiones para que no las descubriera su esposa, y no tomó otra venganza que apartar de su despacho el retrato de su suegro, que con su nariz aguilena, su boca fruncida, y sus ojillos punzantes, parecía estarle riendo de él.

En estas circunstancias Doña Luz fué madre, y por el momento se amortiguaron los ocultos odios de nuestro sabio, pero á medida que el niño iba creciendo y que su padre veía en él destacarse con cruel fidelidad los rasgos fisonómicos de su aborrecido suegro, se le avivaba el dolor de su herida y trasfería á su inocente hijo la animosidad y despego que sintiera hacia el difunto padre de su esposa.

Aquel infeliz niño, no tenía para su padre ningún encanto, y cuando ya llegó á los quince años y se acentuaron en él la nariz aguilena, los ojos menudos y negros y la barba puntiaguda, que eran los rasgos característicos de la familia de su suegro, llegó á tal extremo su animosidad hacia el muchacho



que se negó á darle carrera apartándole siempre de su lado con el más fiero desdén, mientras le decía con desprecio: —¡Largo de aquí Don Pancracio de la Rabadilla!

La madre de Esteban, que así también el niño se llamaba, defendía á su hijo con el ardor y la pasión naturales en una madre y tan adelante llegaron las cosas y tan iracundas fueron las reyertas en el matrimonio que Don Esteban optó por separarse de su esposa y del infeliz vástago, objeto inocente de sus secretos odios por que á tales extremos pueden llegar en España el rencor, y la vanidad de los sabios oficiales.

Dedicóse durante largos años nuestro sabio á sus investigaciones históricas sin ocuparse de su familia, y al cabo de mucho tiempo cayó en sus manos un periódico que hacía desmedidos elogios sobre su folleto de *Genealogía de los Condes*, diciendo el articulista que su autor Don Esteban Urrutia era el más erudito de los eruditos y el más sabio de los sabios españoles.

Dirigióse nuestro hombre á la redacción del mencionado periódico, para dar las gracias personalmente al autor de tan ardorosas alabanzas y cual no sería su asombro cuando le presentaron á un jovenzuelo barbilampiño que era el puro retrato de su suegro.

Tenia la frente abultada, los ojillos pequeños y negros reluciendo tras gordas gafas de cristal, la nariz agulleña, la barba puntiaguda; en una palabra, era su suegro desenterrado y rejuvenecida.

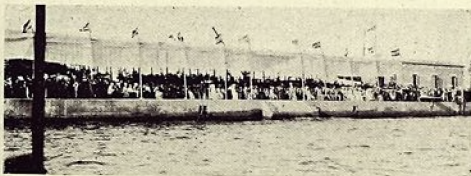
—¿Cómo se llama usted?—preguntó el sabio conmovido.

—Esteban Urrutia de la Rabadilla,—respondió el joven con la gravedad de otro aprendiz de la sabiduría.

Entonces se desarrolló entre el padre y el hijo la tan vulgar escena de reconocimientos y abrazos, manoseada mil veces en los melodramas baratos, y fué lo cierto que aliviado el amor propio de nuestro sabio con el incienso que le prodigó su hijo, vivió desde entonces feliz con su familia y hasta el rostro arrugado de Doña Luz le pareció un sol esplendoroso.

RAFAEL TORROMÉ

## REGATAS



LAS TRIBUNAS

En la primera parte, canoas á seis remos, tripuladas por niños del Asilo Naval; inscritas *Atlántida* y *Gravina*. Ganó *Atlántida*, tiempo seis minutos treinta y tres segundos.

Segunda regata: Canoas á seis remos, tripuladas por marinos de guerra.

Ganó el bote del acorazado *Pelayo*, patrón Aguirre; tiempo seis minutos veintitres segundos.

Tercera regata: Buques de catorce remos de los buques de guerra anclados en nuestro puerto. Concurrieron tres botes, dos del acorazado *Pelayo* y uno del crucero *Río de la Plata*.

Llegó primero uno del *Pelayo* y segundo el del *Río de la Plata*.

La cuarta regata fué la de Campeonato de España. 2 000 metros, tres viradas, inscriptos *Lucentum*, de Alicante, y *Barcelona* y *Catalunya*, de esta capital. Dada la señal de partida arrancaron con brío las tres tripulaciones, aunque con más alma *Lucentum*, que logró virar primero con un largo escaso de ventaja. Esta tripulación, á pesar de su poco estilo en el remar, demostró una gran

Las celebradas el pasado domingo, el día 29, fueron la primera manifestación vital del «R. Club de Barcelona» después de la fusión de las dos sociedades «R. C. de Regatas» y «R. Yacht Club», y por su éxito se puede decir con pleno convencimiento que la nueva sociedad nace con las fuerzas de un gigante.

Las distintas regatas fueron.



COPA DE S. M. EL REY GANADA POR LA TRIPULACIÓN ALICANTINA



resistencia, virando siempre con algunos metros de ventaja y acentuando al arribar su avance con una pica boga, llegaron primero en nueve minutos veinte segundos. Los del yole *Barcelona* llegaron segundos después,

habiendo remado con igualdad y buen estilo, pero sin ninguna energía. Del yole *Catalunya* se esperaba poco, por ser su construcción anticuada y algo deficiente.

La tripulación vencedera *Lucen-tan* del «R. Club de Regatas» de Alicante la componían los señores Tato, Porcel, Pinedo y Giran timonel Antón. Dicha tripulación queda en posesión del título de Campeón de España para el ejercicio de 1902 á 1903, por lo cual unimos nuestro aplauso á los tributados ayer á los simpáticos remeros de Alicante.



CAMPEONATO DE ESPAÑA, COPA DE S. M. EL REY Y TÍTULO DE CAMPEON TRIPULACIÓN ALICANTINA, VENCEDORA

Se corrió luego una regata match entre las canoas del «Club de Barcelona», *Atlántida* y *Charyuca*, cuya regata fué declarada nula.

Las de yole de mar eran á cuatro bayonas, timonel, juniors y seniors, 2,000 metros y tres viradas.

Primer premio: Objeto de arte ofrecido por SS. AA. RR. los principes de Asturias y Excm. Diputación provincial.



SEGUNDO PREMIO DEL CAMPEONATO DE ESPAÑA

Lo ganó *Fleurlette*, del C. N. de Nice.

Segundo objeto de arte ofrecido por su Alteza la infanta Isabel.

Lo obtuvo *Barcelona*, del R. C. de Barcelona.

Tercer objeto de arte ofrecido por el Ayuntamiento.

Lo ganó la embarcación *Llobregat*, del R. C. de Barcelona.

Cuarto, correspondió á *Catalunya*, del R. C. de Barcelona.

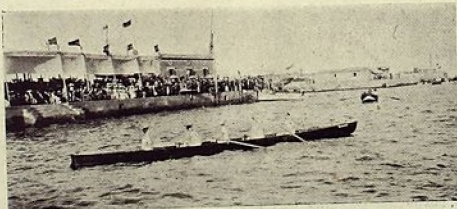


CANOA DEL «PELAYO» VENCEDORA

Y el quinto, á *Emulation Nautique*, de Tolosa.

Internacional: yole de mar, debutantes á cuatro remeros, punta y timonel, de 2,000 metros tres viradas; ganó el premio del señor capitán general, *Barcelona*, del R. C. de Barcelona y el concedido por el señor gobernador civil de la provincia lo obtuvo *Catalunya*, del R. C. de Barcelona.

La fiesta resultó perfectamente organizada y bien dispuesta.



GRAN INTERNACIONAL DE YOLE DE MAR, TRIPULACIÓN «FLEURETTE» DEL C. N. DE NICE, VENCEDORA







AUSTRIA HUNGRIA



ARTILLERIA DE FORTALEZA: SOLDADO